

CAPITULO VII

Influencia de la democracia sobre los salarios.

La mayor parte de las observaciones que he hecho hablando de los señores y de los sirvientes, pueden aplicarse á los patronos y á los obreros.

Á medida que las reglas de la jerarquía social se observan menos, mientras que los grandes se humillan, los pequeños se elevan y la pobreza y la riqueza dejan de ser hereditarias, se ve disminuir diariamente la distancia de hecho y de opinión que separaba al obrero del maestro.

El primero concibe una más alta idea de sus derechos, de su porvenir y de sí mismo; una nueva ambición, nuevos deseos le llenan y nuevas necesidades le cercan. Á cada momento echa sus codiciosas miradas sobre las ganancias del que lo emplea; con objeto de participar de ellas, se esfuerza en poner su trabajo á precio más alto, y concluye por conseguirlo casi siempre.

Así en los países democráticos, como en todos los demás, la mayoría de las industrias son dirigidas con pocos gastos por hombres cuya riqueza y cuyas luces no los colocan sobre el nivel común de los que emplean.

Estos emprendedores de industria son numerosos; sus intereses difieren y por lo tanto no pueden fácilmente ponerse de acuerdo entre sí ni combinar sus esfuerzos. Por otra parte, los obreros tienen casi todos algunos recursos asegurados que les permiten rehusar sus servicios cuando no se les paga lo que consideran como la justa retribución de su trabajo, y en la lucha continua de

estas dos clases por los salarios, las fuerzas se dividen y el éxito alterna.

Debe creerse que á la larga el interés de los obreros prevalecerá, porque los buenos salarios que han obtenido les hacen cada día más independientes y pueden obtener con más facilidad un aumento de salario.

Tomaré por ejemplo la industria que en nuestros días es más general entre nosotros y en casi todas las naciones del mundo: el cultivo de la tierra.

La mayor parte de los que en Francia ajustan sus servicios para cultivar el terreno, poseen siempre alguna cosa que en caso de necesidad les puede servir para subsistir sin trabajar para otro. Cuando vienen á ofrecer sus brazos al dueño ó al arrendatario, su vecino y no se les da un cierto salario, se retiran á su pequeño dominio y aguardan que otra ocasión se les presente.

Pienso que, en general, puede decirse que el aumento lento y progresivo de los salarios es una de las leyes generales que rigen las sociedades democráticas; pues á medida que las condiciones se hacen más iguales, los salarios se elevan y á medida que los salarios son mayores, las condiciones se hacen más iguales. Mas ahora encuentro desgraciadamente una grande excepción.

He hecho ver en un capítulo precedente cómo la aristocracia, huyendo de la sociedad política, se había retirado á ciertas partes del mundo industrial y establecido allí su imperio bajo otra forma diferente: esto influye poderosamente en la tasa de los salarios.

Como para emprender las grandes industrias de que hablo es preciso ser ya muy rico, el número de los que las emprenden es muy corto, y siendo así, pueden fácilmente convenirse y fijar al trabajo el precio que les acomoda.

Por el contrario, los obreros son siempre muchos y su número crece hasta lo infinito, porque ocurren de tiempo en tiempo sucesos extraordinarios que aumentan los salarios sin límite alguno y atraen á las manufacturas las poblaciones vecinas. Mas, una vez que los hombres entran en tal carrera, hemos observado que no pueden salir de ella, porque adquieren hábitos de cuerpo y de espíritu que los inhabilitan para cualquier otro trabajo.

Estos hombres, por lo regular, tienen pocas luces, pocos recursos y menos iniciativas, están casi siempre á la dirección de su

maestro, y cuando por una competencia ú otras causas fortuítas, se disminuyen las utilidades de éste, puede fácilmente reducir los salarios á su arbitrio y recuperar con ello lo que la fortuna le quita.

Si por algún tiempo rehusan de común acuerdo los obreros el trabajo, como el dueño es un hombre rico, puede esperar sin arruinarse, que la necesidad les obligue á presentarse de nuevo; pero ellos necesitan trabajar todos los días para no morir de hambre, pues no tienen más propiedad que sus brazos, y como la opresión los ha empobrecido con anterioridad, son más fáciles de oprimir á medida que se hacen más pobres. Este es un círculo vicioso de que no pueden salir de modo alguno.

Nada tiene de extraño que después de haber subido algunas veces de repente los salarios, bajen de un modo permanente, al paso que en las otras profesiones el precio del trabajo, que no crece en general sino poco á poco, se aumenta sin cesar.

Tal estado de dependencia y de miseria, en que se encuentra en nuestros días una parte de la población industrial, es un hecho excepcional y contrario á todo lo que lo rodea; por esto mismo no hay ninguno más grave ni que merezca más la atención particular del legislador; pues es muy difícil, cuando la sociedad entera se conmueve, el conservar una clase inmóvil, y, cuando se dirige incessantemente el mayor número hacia la prosperidad, hacer que algunos sufran tranquilos sus deseos y sus necesidades.

CAPITULO VIII

Influencia de la democracia sobre la familia.

Acabo de examinar de qué manera en los pueblos democráticos y particularmente entre los americanos, la igualdad de las condiciones modifica las relaciones de los ciudadanos entre sí. Ahora me propongo penetrar más, entrando en el seno de las familias.

Mi fin, no es buscar nuevas verdades, sino hacer ver cómo los hechos ya conocidos se pueden aplicar á este asunto.

Todo el mundo observa que en nuestros días se han establecido nuevas relaciones entre los diversos miembros de las familias, disminuyendo la distancia que separaba en otro tiempo al padre de sus hijos y destruyendo ó, al menos, alterando la autoridad paterna.

Una cosa parecida, pero más patente, se encuentra en los Estados Unidos. Allí no existe la familia, tomando esta palabra en su sentido romano y aristocrático, y cuando más, se halla algún vestigio en los primeros años de la infancia.

El padre ejerce entonces, sin oposición, la dictadura doméstica, porque la debilidad de sus hijos la hace necesaria y el interés de todos, así como su superioridad incontestable la justifica.

Pero, desde el momento en que el joven americano se acerca á la edad viril, se desatan los lazos de la obediencia filial, y dueño de sus pensamientos, lo es también pronto de su conducta. En América, no hay en realidad adolescencia y al salir el hombre de su primera edad, empieza por sí mismo á abrirse su camino.

Sería un error el creer que esto es consecuencia de una lucha intestina en que el hijo ha obtenido, por una especie de violencia moral, la libertad que su padre le niega. Los mismos hábitos, los mismos principios que impelen al uno á apoderarse de la independencia, disponen al otro á considerar su uso como un derecho incontestable. No se notan en el primero ninguna de esas pasiones rencorosas y desordenadas que agitan á los hombres por largo tiempo, después que se han sustraído de un poder establecido, ni el segundo experimenta esos disgustos llenos de amargura y de cólera que sobreviven, por lo común, al poder abatido. El padre descubre de lejos los límites de su poder y cuando se acerca el tiempo, abdica sin dificultad. El hijo prevee anticipadamente la época en que debe dirigirse por su propia razón, y se apodera de su libertad sin precipitación y sin esfuerzo, como de una cosa que se le debe y que no se trata de arrebatarle (1).

No es, pues, inútil mostrar de qué manera los cambios que han tenido lugar en la familia, se hallan estrechamente ligados á la revolución social y política que acaba de verificarse á nuestra vista.

(1) Los americanos no han imaginado, sin embargo, como nosotros en Francia, el despojar á los padres de uno de los principales elementos del poder, quitándoles la libertad de disponer de sus bienes después de la muerte. En los Estados Unidos, la libertad de testar es ilimitada.

En esto, como en casi todo lo demás, es fácil observar que si la legislación política de los americanos es mucho más democrática que la nuestra, nuestra legislación civil lo es mucho más que la de ellos. Y esto se concibe sin dificultad.

El autor de nuestra legislación civil fué un hombre interesado en satisfacer las pasiones democráticas de sus contemporáneos, en todo lo que no se oponía directa é indirectamente á su poder y por esto permitía que algunos principios populares rigiesen los bienes y gobernasen las familias, con tal que no se pretendiese introducirlos en la dirección del Estado. Mientras que el torrente democrático se desenfrenase sólo en las leyes civiles, esperaba él mantenerse al abrigo de las leyes políticas. Semejante mira estaba á la vez llena de habilidad y de egoísmo; pero no podía durar mucho tiempo, porque más ó menos pronto la sociedad política debía ser la expresión y la imagen de la sociedad civil, y en este sentido, puede decirse que nada hay más político en un pueblo que la legislación civil.

Hay ciertos principios sociales que un pueblo hace penetrar por todas partes ó no deja subsistir en ninguna.

En los países en que reina la aristocracia y están organizados por jerarquías, nada tiene que hacer directamente el poder con el conjunto de los gobernados, pues dependiendo los hombres unos de otros, se limita sólo á conducir á los primeros, y todos los demás siguen. Esto se aplica á las familias lo mismo que á todas las otras asociaciones que tienen un jefe. En los pueblos aristocráticos, la sociedad no conoce, hablando propiamente, más que el padre; sujeta á los hijos por medio de él, gobierna el padre y éste á aquéllos. El padre, no sólo tiene un derecho natural, sino un derecho político á mandar; de modo, que es á la vez el autor, el apoyo de la familia y también el magistrado.

En las democracias, donde el brazo del gobierno busca cada hombre en particular en medio de la multitud para sujetarlo á las leyes comunes y no hay necesidad de semejante intervención, el padre no es á los ojos de la ley sino un ciudadano más rico y de más edad que sus hijos.

Cuando la mayor parte de las condiciones son muy desiguales y esta desigualdad es permanente, la idea de superioridad crece en la imaginación de los hombres y si la ley no le concede prerrogativas, la costumbre y la opinión se las dan. Cuando, al contrario, los hombres difieren poco los unos de los otros y no permanecen siempre desiguales, la noción general de superior se hace menos clara y más débil; en vano la voluntad del legislador se esfuerza en colocar al que obedece, mucho más abajo del que manda; pues las costumbres acercan estos dos hombres y los dirigen cada día hacia el mismo nivel.

Aunque yo no vea en la legislación de un pueblo aristocrático privilegios particulares concedidos al jefe de la familia, no por eso dejaré de creer que su poder es más respetado y está más extendido que en el seno de una democracia, pues sé que, cualesquiera que sean las leyes, parecerá siempre el superior en una oposición más elevada y el inferior en una más baja en las aristocracias, que en los pueblos democráticos.

Cuando los hombres se fijan más en lo que ha sido, que en lo actual, y se ocupan tanto de lo que han pensado sus antecesores, que ellos mismos no piensan, el padre y el lazo natural entre lo

pasado y lo presente y el anillo en que estas dos cadenas rematan y se unen. En las aristocracias, el padre no es solamente en política el jefe de la familia, sino también el órgano de la tradición, el intérprete de los usos y el árbitro de las costumbres. Se le escucha con deferencia, nadie se le acerca sino con respeto, y el amor que se le profesa va siempre acompañado de temor.

Haciéndose democrático el estado social y adoptándolos hombres por principio, que es legal y conveniente juzgar de todas las cosas por sí mismo, tomando las antiguas creencias como indicios y nunca como regla, el poder de la opinión que ejerce el padre sobre el hijo, disminuye tanto como su poder legal.

La división de patrimonios que trae la democracia contribuye, quizá más que todo, á modificar las relaciones entre el padre y los hijos. Cuando el padre de familia tiene poca fortuna, su hijo y él viven siempre en el mismo lugar y se ocupan juntos en los mismos trabajos.

El hábito y la necesidad los aproximan, obligándolos á comunicarse á cada instante, y no puede menos de establecerse entre ellos una especie de intimidad menos absoluta y no dice bien con las formas exteriores del respeto.

En los pueblos democráticos, la clase que posee estas pequeñas fortunas, es precisamente la que da fuerza á las ideas y un giro particular á las costumbres. Ella hace predominar por todas partes sus opiniones lo mismo que su voluntad y aun los que se hallan más inclinados á resistir sus preceptos vienen á dejarse arrastrar por sus ejemplos. He visto enemigos acalorados de la democracia que se hacían tutear por sus hijos.

A medida que el poder de la aristocracia desaparece, se disipa igualmente lo que el poder paternal tenía de austero, de convencional y de legal, y una especie de igualdad viene á establecerse en el hogar doméstico.

No sé si la sociedad pierde en semejante cambio, pero me inclino á creer que el individuo gana: pienso que á medida que las leyes y las costumbres se hacen más democráticas, las relaciones entre el padre y el hijo vienen á ser más íntimas y más agradables y la regla y la autoridad se ostentan mucho menos: entonces la afeción y la confianza se aumentan, y parece que el lazo natural se estrecha, mientras que el social se dilata.

El padre de una familia democrática no ejerce más poder que el que se concede á la ternura y experiencia de un anciano. Sus órdenes se desconocerán quizá, pero sus consejos tienen siempre un gran poder, y sino está rodeado de respetos oficiales, á lo menos sus hijos se le acercan siempre con confianza. No hay fórmula reconocida para dirigirle la palabra, pero se le habla sin cesar y se le consulta con gusto á cada instante. El señor y el magistrado desaparecen, y el padre queda.

Para juzgar de la diferencia de estos dos estados sociales desde tal punto de vista, basta examinar las correspondencias domésticas que las aristocracias nos han dejado. El estilo es en ellas siempre correcto, ceremonioso, rígido y tan frío que apenas puede hacer alguna impresión al espíritu.

Por el contrario, en todas las palabras que dirige un hijo á su padre en los pueblos democráticos, se descubre algo de tierno, de libre y de familiar á la vez, que manifiesta al primer golpe de vista las nuevas relaciones que se han establecido en el seno de la familia. Una revolución análoga modifica igualmente las de los hijos entre sí.

En la familia aristocrática, así como en la sociedad aristocrática, todos los puestos están señalados y no solamente ocupa el padre uno distinguido gozando en él de inmensos privilegios, sino que sus mismos hijos no son iguales entre sí, pues la edad y el sexo fijan á cada uno irrevocablemente su lugar y le dan ciertas prerrogativas: la democracia destruye ó rebaja la mayor parte de estas barreras.

El hijo mayor ó primogénito, hereda en la familia aristocrática la mayor parte de los bienes y casi todos los derechos, viniendo á ser, por consecuencia, el jefe y hasta cierto punto el señor de sus hermanos. Para él solo es la grandeza y el poder, y la mediocridad y la dependencia para los otros. Con todo eso sería un error creer que en los pueblos aristocráticos los privilegios del hijo mayor son sólo ventajosos á él, no excitando alrededor suyo sino el odio y la envidia.

El primogénito se esfuerza en procurar la riqueza y el poder de sus hermanos, pues el brillo general de la casa resalta sobre el que la representa y los hijos menores procuran ayudar al mayor en todas sus empresas, porque la grandeza y el poder del jefe de

la familia los pone cada vez más en estado de educar á todos sus miembros.

Hallándose, pues, estrechamente ligados entre sí los diversos miembros de la familia aristocrática, tienen que identificarse, y sus espíritus van de acuerdo; pero es raro que sus corazones se correspondan.

La democracia liga también, entre sí, los hermanos, pero de una manera distinta.

Por las leyes democráticas, los hijos son perfectamente iguales y por consecuencia, independientes, nada les aproxima por fuerza, pero nada tampoco los aleja; como tienen todos un mismo origen, son educados y se crían bajo el mismo techo y con el mismo cuidado y ninguna prerrogativa particular los distingue ni los separa, se ve fácilmente renacer entre ellos la dulce y juvenil intimidad de los primeros años. Formado así el vínculo de unión desde el principio de la vida, no se presenta casi nunca ocasiones de romperlo, porque la fraternidad los une cada día sin sujetarlos.

La democracia reúne, pues, los hermanos, no por los intereses, sino por los recuerdos comunes y la libre simpatía de los gustos y de las opiniones, y aunque divida la herencia, permite, no obstante, no se confundan las almas de ellos.

La dulzura de las costumbres democráticas es tan grande, que los partidarios mismos de la aristocracia se dejan arrastrar por ella, y después que la gustan algún tiempo, no desean volver á las formas frías y respetuosas de la familia aristocrática. Conservarían gustosos los hábitos domésticos de la democracia, con tal que pudieran desechar su estado social y sus leyes; pero estas cosas dependen unas de otras y no se pueden gozar algunas sin sufrir las demás.

Lo que acabo de decir del amor filial y de la ternura fraternal, se aplica á todas las pasiones que toman espontáneamente su origen en la naturaleza misma.

Cuando una cierta manera de pensar ó de sentir, proviene de un estado particular de la humanidad, y este estado llega á cambiar, nada queda entonces: así es que, aún cuando la ley pueda unir estrechamente dos ciudadanos, si la ley es abolida, ellos se separan. Nada más estrecho que el nudo que unía el vasallo y el

señor en los tiempos feudales, y hoy estos dos hombres no se conocen. El miedo, el reconocimiento y el amor, que en otro tiempo los ligaba desaparecieron, y ni aún siquiera se encuentra su huella. No sucede lo mismo respecto de los sentimientos naturales de la especie humana. Es raro que la ley, al esforzarse en sujetarlos de cierto modo, no los debilite, y al querer añadirles alguna cosa, no les quite más bien, haciéndose siempre más fuertes, abandonados á sí mismos.

La democracia que oscurece ó destruye casi todas las antiguas convenciones sociales é impide que los hombres se detengan con facilidad en otras nuevas, hace desaparecer enteramente la mayor parte de los sentimientos que nacen de tales convenciones; mas apenas modifica las otras, dándoles muchas veces una energía y una dulzura que antes no tenían.

Creo poder encerrar en una sola frase todo el sentido de este capítulo y de muchos otros que le preceden. La democracia extiende los lazos sociales, pero estrecha los naturales; acerca los parientes al mismo tiempo que separa los ciudadanos.

CAPITULO IX

De la educación de los jóvenes en los Estados Unidos.

Jamás ha habido sociedades libres sin costumbres. Como he dicho en la primera parte de esta obra, la mujer es la que hace las costumbres, por manera que todo lo que influye en la condición de las mujeres, en sus hábitos y en sus opiniones, tiene á mis ojos un interés político muy grande.

En casi todas las naciones protestantes, las jóvenes son mucho más libres en sus acciones que en los pueblos católicos. Esta independencia es todavía mayor en los países protestantes que, como Inglaterra, han conservado ó adquirido el derecho de gobernarse á sí mismos: entonces la libertad penetra en la familia por los hábitos políticos y las creencias religiosas. Las doctrinas del protestantismo en los Estados Unidos, están combinadas con una constitución muy libre y un estado social muy democrático, y en ninguna parte las jóvenes se hallan más pronto entregadas á sí mismas. Mucho tiempo antes que la joven americana haya llegado á la edad de casarse, se la empieza á sacar poco á poco de la tutela maternal, y no bien ha salido de la infancia, cuando ya piensa por sí sola, habla libremente y obra también por sí: delante de ella se presenta constantemente descubierto el gran cuadro del mundo, y lejos de procurar separarlo de su vista, se le descubre cada día más y se le enseña á considerarlo con ojos firmes y tranquilos. De esta manera, los vicios y peligros que la sociedad presenta no tardan en revelarse y como los ve claramente, los juzga sin ilusión y los arrostra sin miedo; pues confía totalmente

en sus fuerzas y hasta parece que participan de esta confianza todos los que la rodean.

Nadie debe figurarse encontrar en las jóvenes americanas ese candor original de los deseos nacientes, ni esas gracias sencillas y naturales que acompañan en las europeas el paso de la infancia á la juventud, pues hasta es raro que la americana, cualquiera que sea su edad, muestre timidez é ignorancia pueril. Quiere agradar como la joven de Europa y sabe con precisión de qué manera; si no se entrega al mal, por lo menos lo conoce, y más bien tiene costumbre pura que un espíritu casto.

Me he sorprendido frecuentemente y casi espantado, al ver la destreza singular y feliz audacia con que las jóvenes de América conducían sus ideas y sus palabras en los escollos de una conversación festiva: un filósofo habría tropezado mil veces en el estrecho camino que ellas recorrían sin accidentes y sin dificultad.

Es fácil reconocer, en efecto, que en medio de la independencia de su primera juventud, la americana no cesa jamás enteramente de ser dueña de sí misma; goza todos los placeres permitidos, sin abandonarse á ninguno de ellos, y su razón jamás suelta las riendas, aunque algunas veces parezca aflojarlas.

En Francia, donde mezclamos de una tan extraña manera en nuestras opiniones y en nuestros gustos los restos de todas las edades, frecuentemente nos sucede que damos á las mujeres una educación tímida, retirada y casi claustral, como en el tiempo de la aristocracia, y las abandonamos en seguida de repente y sin guía entre los desórdenes inseparables de una sociedad democrática.

Los americanos se hallan más de acuerdo consigo mismos. Han visto que en el seno de una democracia, la independencia individual no puede menos de ser grande, la juventud precoz, los gustos difíciles de reprimir, la costumbre variable, la opinión pública casi siempre ineficaz ó incierta, la autoridad paterna débil y el poder marital dudoso.

En este estado de cosas, han juzgado que con dificultad podrían reprimir en la mujer las pasiones más tiránicas del corazón humano y que era más seguro enseñarle el arte de combatir las por sí mismas. No pudiendo impedir que su virtud se viese muchas veces en peligro, han querido que supiesen defenderla confiando más en el libre esfuerzo de su voluntad, que en barreras que podían

alterarse ó destruirse. En vez de acostumbrarla á desconfiar de sí misma, han procurado, al contrario, inspirarla confianza en sus propias fuerzas, y no teniendo la posibilidad ni el deseo de conservar á la joven en una entera y perpetua ignorancia, se apresura á darle un conocimiento precoz de todas las cosas. Lejos de ocultarle las corrupciones del mundo, han querido que las viese, desde luego y se ejercitase por sí misma en huir de ellas, prefiriendo garantizar su honestidad á respetar demasiado su inocencia, aunque los americanos forman un pueblo muy religioso, no se han referido solo á la religión para defender la virtud de la mujer, y han querido armar su razón. En esto, como en otras muchas cosas, han seguido siempre el mismo método. Desde luego, han hecho increíbles esfuerzos para conseguir que la independencia individual se rija por sí misma, y al llegar á los últimos límites de la fuerza humana, han llamado, por fin, la religión en su auxilio.

Sé que semejante educación no está exenta de riesgos; tampoco ignoro que tiende á desarrollar el discernimiento á costa de la imaginación y ha hecho á las mujeres frías y honestas más bien que esposas tiernas y amables compañeras del hombre. Si la sociedad está por ello más tranquila y mejor arreglada, la vida doméstica tiene también menos encantos; pero estos son males secundarios que un interés mayor debe arrostrar. En el punto en que nos hallamos, no podemos elegir; es necesario una educación democrática para preservar la mujer de los peligros de que la rodean las instituciones y costumbres de la democracia.

CAPÍTULO X

De la joven americana bajo el carácter de esposa.

La independencia de la mujer en América viene á desaparecer totalmente en los lazos del matrimonio, pues si bien la soltera se halla menos sujeta que en cualquiera otra parte, la esposa está sometida á obligaciones más estrechas. La primera hace de la casa paterna un lugar de libertad y recreo y la segunda, considera la morada del marido como un claustro.

Estos dos estados tan diferentes no son quizá tan contrarios como se supone, y es natural que las americanas pasen por el uno para llegar al otro.

Los pueblos religiosos y las naciones industriales tienen una idea muy grave del matrimonio. Los unos consideran la regularidad de la vida de una mujer como la mejor garantía, y la señal más evidente de la pureza de sus costumbres; los otros ven en ella la prenda segura del orden y de la prosperidad del hogar doméstico.

Los americanos componen á la vez una nación puritana y un pueblo comerciante. Sus creencias religiosas y sus hábitos industriales les hacen exigir de la mujer una completa abnegación de sí misma y un sacrificio continuo de sus placeres á sus ocupaciones, que es muy raro pretender de ellas en Europa; por manera que en los Estados Unidos reina una opinión pública inexorable que encierra á la mujer en el pequeño círculo de intereses y deberes domésticos y la prohíbe salir de él.

La joven americana encuentra firmemente establecidas todas

estas nociones á su entrada en el mundo, ve las reglas que nacen de ellas; no tarda en convencerse de que no podría sustraerse un momento á los usos de sus contemporáneos, sin poner en peligro su tranquilidad, su honor y hasta su existencia social, y encuentra en su firme razón y en los hábitos varoniles que su educación le ha dado, la energía necesaria para someterse á ellos.

Puede decirse que en el uso de su independencia es donde ha adquirido el valor suficiente para sufrir sin oposición y sin queja el sacrificio, cuando llega el momento de imponérselo.

La americana no cae jamás en los lazos del matrimonio como en una red tendida á su sencillez ó á su ignorancia. Sabe con anticipación lo que se espera de ella y de su espontánea voluntad, se pone bajo el yugo, tolerando resueltamente su nueva condición, porque ella misma lo ha escogido.

Como la disciplina paternal en América es muy suave, y el lazo conyugal muy estrecho, con mucha circunspección y temor se deciden las jóvenes á contraerlo, y por esto casi nunca se ven uniones precoces. Las americanas no se casan sino cuando su razón está madura y ejercitada; mientras que en cualquiera otra parte no comienzan las mujeres, por lo común, á ejercitarla y madurarla sino en el matrimonio.

Estoy muy lejos de creer que el cambio que se obra en todos los hábitos de las mujeres en los Estados Unidos, desde el momento en que se casan, debe sólo atribuirse á la fuerza de la opinión pública; pues muchas veces se imponen ellas mismas estos deberes por solo su propia voluntad.

Cuando llega el tiempo de escoger un esposo, la fría y austera razón que la vista del mundo ha fortalecido é ilustrado, indica á la americana que un carácter independiente y ligero en los lazos del matrimonio, es causa de eterno desorden y no de contento; que los recreos y pasatiempos de la soltera no son á propósito para la esposa y que la mujer casada encuentra las fuentes de la felicidad en la mansión conyugal después de haber visto con claridad el único camino que puede conducir á la felicidad doméstica, entra en él desde sus primeros pasos y lo sigue hasta el fin sin intentar volver atrás.

Esta misma fuerza de voluntad que manifiestan las americanas, sujetándose de repente y sin quejarse, á los deberes austeros de su

nuevo estado, se encuentra en todos los grandes acontecimientos de su vida.

No hay país en el mundo en que sean menos estables las fortunas de los particulares que en los Estados Unidos, y no es raro que un mismo hombre, en el curso de su existencia suba y baje todos los grados que conducen de la opulencia á la miseria.

Las mujeres en América sufren estas revoluciones con una energía tranquila é indomable, y se diría que sus deseos se estrechan con su fortuna, tan fácilmente como se ensanchan con ella.

La mayor parte de los aventureros que van á poblar todos los años las soledades del Oeste, pertenecen, como lo dije en la primera parte de esta obra, á la antigua raza anglo-americana de Norte. Muchos de esos hombres que corren con tanta audacia tras la riqueza y gozaban ya de algunas comodidades en su país, llevan consigo sus compañeras y las hacen participar de los peligros y de las miserias sin número que se experimentan siempre al principio de empresas semejantes. He encontrado muchas veces hasta en los límites de los desiertos, jóvenes que después de haber sido educadas con toda la delicadeza de las grandes ciudades de la Nueva Inglaterra, habían pasado casi sin intermisión de la rica morada de sus padres á una choza sin abrigo y abandonada en el seno de los bosques; pero ni la fiebre, la soledad, ni el tedio habían disminuído su valor, y aunque sus facciones parecían alteradas y marchitas, sus miradas eran firmes, pareciendo á la vez tristes y resignadas.

No dudo que estas desgraciadas jóvenes habían adquirido en su primera educación esa fuerza interior de que entonces hacían uso.

Así, la joven americana bajo el carácter de esposa, cambia sin duda de papel y hace diferentes sus costumbres; pero su espíritu queda siempre el mismo.

CAPITULO XI

De qué manera la igualdad de las condiciones contribuyen á mantener las buenas costumbres en América.

Algunos filósofos é historiadores han dicho, ó dado á entender, que las mujeres eran más ó menos severas en sus costumbres, según la mayor ó menor distancia en que se hallaban del Ecuador. Esto es salir de apuros sin gran dificultad, y por tal cálculo bastaría una esfera y un compás para resolver al instante uno de los más difíciles problemas que presenta la humanidad.

Mas yo no veo que esta doctrina material se halle establecida por los hechos, pues unas mismas naciones han aparecido en diferentes épocas de su historia, castas ó disolutas, y la regularidad ó el desorden de sus costumbres dependían de algunas causas variables y no de la naturaleza del país, que siempre era la misma.

No negaré que en ciertos climas, las pasiones que nacen del atractivo recíproco de los sexos, sean particularmente ardientes, pero creo que este ardor natural puede siempre excitarse ó contenerse por el estado social y las instituciones políticas.

Aunque los viajeros que han visitado la América del Norte, difieran entre sí sobre varios puntos, todos convienen en que las costumbres son más severas que en cualquier otra parte.

También es evidente que sobre este punto los americanos son muy superiores á sus padres los ingleses; una mirada superficial sobre las dos naciones, basta para convencerse de esta verdad.

En Inglaterra, como en todos los otros países de Europa, la malignidad pública se ejerce incesantemente sobre la debilidad de la mujer. Los filósofos y los hombres de Estado se quejan de que

las costumbres se hallen tan corrompidas, y la literatura lo hace suponer así todos los días.

En América todos los libros, sin exceptuar las novelas, suponen castas las mujeres, y nadie refiere allí aventuras galantes. Esa gran regularidad de las costumbres americanas depende sin duda, en parte, del país, de la raza y de la religión, más todas estas causas, que se encuentran en otros lugares, no bastan todavía para explicarla y es preciso recurrir á alguna razón particular.

Esto me parece ser la igualdad y las instituciones que de ella emanan.

La igualdad de las condiciones no produce por sí sola la regularidad de las costumbres; pero no se puede dudar que la facilita y la aumenta.

En los pueblos aristocráticos el nacimiento y la fortuna hacen frecuentemente del hombre y la mujer, dos seres tan diversos, que jamás pueden llegar á unirse, y si las pasiones los acercan, el estado social y las ideas que él sugiere les impiden ligarse de un modo permanente y ostensible. De esto resulta por precisión un gran número de uniones clandestinas y pasajeras, porque la naturaleza se indemniza secretamente de la estrechez que le imponen las leyes. No sucede así cuando la igualdad de las condiciones ha destruído totalmente las barreras imaginarias ó reales que separan el hombre de la mujer: entonces no hay joven que no espere llegar á ser la esposa del que la prefiere, lo cual hace muy difícil el desorden de las costumbres antes del matrimonio; pues, cualquiera que sea la credulidad de las pasiones, no hay medio de persuadir á una mujer de que se la ama, cuando siendo uno libre de casarse no lo verifica.

Esta misma causa influye, aunque de un modo menos discreto, en el matrimonio.

Ninguna cosa es más adecuada para hacer legítimo el amor que no lo es á los ojos mismos de los que lo experimentan, ó de la muchedumbre que lo contempla, como las uniones forzadas ó hechas á la aventura (1).

(1) Para convencerse de esta verdad, basta leer con atención las diversas literaturas de Europa.

Cuando un europeo quiere pintar en sus ficciones algunas de las

En un país en que la mujer ejerce siempre libremente el derecho de elegir, y en donde la educación la ha puesto en estado de elegir bien, es preciso que la opinión sea inexorable por sus faltas, y de esto nace en parte el rigorismo de los americanos. Consideran el matrimonio como un contrato oneroso, pero cuyas cláusulas deben sin embargo cumplirse, porque han podido conocerse todas con anticipación y se ha gozado de la completa libertad de no comprometerse á nada.

Todo lo que hace más obligatoria la fidelidad, lo hace también más fácil.

En los países aristocráticos el matrimonio tiene más por objeto unir bienes que personas, y así sucede muchas veces que al marido lo sacan de la escuela para casarlo y á la mujer del lado de la nodriza; no parece, pues, extraño, que el lazo conyugal que retiene unidas las fortunas de los dos esposos, deje sus corazones vagar á la ventura; esto viene naturalmente del espíritu del contrato.

Cuando, al contrario, cada uno elige por sí mismo su compañía, sin que nadie lo violente ni lo dirija, la semejanza de gustos y de ideas une al hombre y la mujer, y los retiene y los fija uno al lado del otro.

Nuestros padres habían concebido una idea muy singular en punto al matrimonio. Observando que el pequeño número de matrimonios de inclinación que se hacían en su tiempo, tenía casi siempre un fin funesto, dedujeron de un modo absoluto, que en materia semejante era muy peligroso consultar su propio corazón,

grandes catástrofes que se presentan frecuentemente entre nosotros en el seno del matrimonio, cuida de antemano de excitar la compasión del lector, representándole seres mal convenidos ó forzados. Aunque una larga tolerancia haya relajado hace mucho tiempo nuestras costumbres, sería difícil interesarnos en las desgracias de esos personajes, si no empezase por excusar su falta. Este artificio tiene, por lo regular, un buen éxito, pues la contemplación de lo que pasa todos los días nos prepara á la indulgencia.

Los escritores americanos no podrían hacer verosímiles semejantes excusas; sus leyes y sus costumbres no se prestan á considerar el desorden estimable, y más bien no lo representan nunca. Á esta excusa es preciso atribuir en parte el corto número de novelas que se publican en los Estados Unidos.

y les parecía obrar con más acierto siguiendo sólo la ventura que eligiendo. No era muy difícil, sin embargo, conocer que los ejemplos que tenían á la vista no probaban nada en favor de su opinión.

En primer lugar, observaré que si los pueblos democráticos conceden á las mujeres el derecho de elegir libremente su marido, les suministran con anticipación las luces que su espíritu puede necesitar y la fuerza suficiente á su voluntad para una elección semejante; mientras que las jóvenes que en los aristocráticos escapan furtivamente de la autoridad paterna para echarse en los brazos de un hombre que no han tenido tiempo de conocer ni la capacidad de juzgar, carecen de todas estas garantías. No debe sorprender que hagan mal uso de su libre albedrío la primera vez que lo ponen en práctica, ni que cometan grandes desaciertos, cuando sin haber recibido la educación democrática quieran seguir en el matrimonio las costumbres de la democracia. Aún puede decirse más.

Cuando dos individuos quieren unirse al través de todas las desigualdades del estado social aristocrático, tienen siempre que vencer grandes obstáculos, pues á más de desatar ó romper los lazos de la obediencia filial, deben escapar por un esfuerzo extraordinario del imperio de la costumbre y de la tiranía de la opinión: cuando en fin, han terminado esta dura empresa, se encuentran como extranjeros en medio de sus amigos naturales y de sus allegados, porque la preocupación que han vencido los separa totalmente de ellos. Semejante situación no tarda en humillar su energía viniendo á agraviar sus corazones.

Si esposos unidos de esta manera son desde luego desgraciados, y después culpables, no se debe atribuir á que se hayan escogido libremente, sino más bien á que viven en una sociedad que no admite semejante elección.

Por otra parte, no debe olvidarse que el mismo esfuerzo que hace salir violentamente á un hombre de un error común, lo conduce casi siempre á perder la razón; que para declarar la guerra, aunque sea legítima, á las ideas de su siglo y de su país, es preciso tener en el ánimo una cierta disposición violenta y arriesgada, y gentes de este carácter, cualquiera que sea la dirección que tomen, se hacen raras veces virtuosas y felices. Esto es, aunque sea dicho de paso, lo que explica por qué en las revoluciones más san-

tas y necesarias se encuentran tan pocos hombres de bien y moderados.

Nada tiene de extraño ni sorprendente que en un siglo aristocrático, se decida un hombre, por casualidad, á consultar en la unión conyugal más conveniencias que su opinión particular y su gusto, y que en seguida se introduzca en su familia el desorden y la miseria. Pero, cuando este mismo modo de obrar se halla en el orden natural y ordinario de las cosas; cuando el estado social lo facilita, el poder paternal se presta á ello y la opinión pública lo preconiza, no debe dudarse que la paz interior de las familias será más duradera y la fe conyugal mejor guardada.

Casi todos los hombres de las democracias siguen una carrera política ó ejercen una profesión y por otro lado, la mediocridad de fortuna obliga á la mujer á encerrarse diariamente en su habitación para dirigir por sí misma y bien de cerca, los detalles de la administración doméstica.

Todos estos trabajos distintos y precisos, son otras tantas barreras naturales que separando los sexos, hacen la solicitud del uno más rara y menos eficaz y la resistencia del otro más fácil.

La igualdad de las condiciones, si bien no puede nunca hacer al hombre casto, al menos da al desorden de las costumbres un carácter menos peligroso, pues como nadie tiene entonces tiempo ni ocasión de atacar las virtudes que quieren defenderse, se ve á un mismo tiempo un gran número de ramerías y una multitud de mujeres honradas.

Semejante estado de cosas produce, en verdad, miserias individuales muy deplorables; pero no impide que el cuerpo social esté siempre fuerte y dispuesto, pues no destruye los lazos de familia ni enerva las costumbres nacionales. Lo que pone en peligro la sociedad, no es la gran corrupción de algunos individuos, sino la relajación de todos y á los ojos del legislador la prostitución es menos temible que la galantería.

La vida agitada y tumultuosa da la igualdad que á los hombres, no solamente los aparta del amor, quitándoles el tiempo de entregarse á él, sino que todavía los aleja por camino más secreto y más seguro.

Todos los hombres que viven en los tiempos democráticos,

contraen más ó menos los hábitos intelectuales de las clases industriales y comerciantes; su espíritu toma un giro serio, especulador y pòsitivo, que se desvía voluntariamente de lo ideal para dirigirse hacia algún fin visible y próximo, que se presenta como el objeto natural y necesario de sus deseos. La igualdad no destruye por eso la imaginación, pero la limita tanto que apenas la permite elevarse.

Nadie es menos pensativo que los ciudadanos de una democracia y se ven pocos que quieran abandonarse á esas contemplaciones ociosas y solitarias que preceden ordinariamente y producen las grandes agitaciones del corazón: tienen, en cambio, mucho interés en procurarse esa especie de afección profunda, regular y pacífica que hace el encanto y la seguridad de la vida; pero no buscan con empeño las conmociones violentas y caprichosas que la turban y abrevian.

Lo que precede, no es del todo aplicable sino á América y por ahora no puede extenderse de una manera general á Europa.

Hace medio siglo que las leyes y los hábitos impelen con una singular energía muchos pueblos europeos hacia la democracia, y no se ve que en ellos las relaciones del hombre y de la mujer se hayan hecho más regulares y castas; advirtiéndose lo contrario en muchos puntos. Ciertas clases se hallan mejor arregladas, pero la moralidad general parece menos severa. Y no temo decirlo, pues no me hallo más dispuesto á lisenjear á mis contemporáneos que á vituperarlos.

Este espectáculo debe afligir, pero no sorprender: la venturosa influencia que un estado social democrático puede ejercer sobre la regularidad de los hábitos, es uno de esos hechos que no pueden descubrirse sino á la larga. Si la igualdad de las condiciones es favorable á las buenas costumbres, el trabajo social que hace iguales las condiciones, les es funesto.

Hace cincuenta años que Francia se está transformando, y nosotros apenas hemos tenido libertad, mas siempre desorden. En medio de esta confusión universal de ideas y del sacudimiento ó alteración general de las opiniones, entre esa mezcla incoherente de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero y de lo falso, del hecho y del derecho, la virtud pública ha llegado á ser incierta y dudosa, y la moral privada, vacilante.

Todas las revoluciones, cualesquiera que hayan sido sus agentes y su objeto, han producido al principio efectos semejantes, y hasta la que han concluído por hacer más rígidas las costumbres, han empezado por relajarlas.

Los desórdenes que frecuentemente presenciarnos no me parecen un hecho durable, y así lo anuncian ya varios indicios importantes.

No hay nada más miserable y corrompido que una aristocracia que conserva sus riquezas perdiendo su poder, y que reducida á goces vulgares, tiene todavía muchos ocios, desapareciendo entonces las pasiones enérgicas y los grandes pensamientos que la habían animado en otro tiempo, no se encuentra sino una multitud de pequeños vicios roedores, que se pegan á ella como gusanos á un cadáver.

Nadie puede negar que la aristocracia francesa del último siglo fué muy relajada, mientras que los antiguos hábitos y creencias mantenían aún el respeto de las costumbres en las demás clases, y cualquiera convendrá sin dificultad en que actualmente se muestra cierta severidad de principios en los restos de esa misma aristocracia, al paso que el desorden de las costumbres ha parecido extenderse en las clases medias é inferiores de la sociedad; de suerte que las mismas familias que se presentaban hace cincuenta años como las más relajadas y libres, son hoy las más ejemplares, y la democracia parece no haber moralizado sino las clases aristocráticas.

Dividiendo la revolución la fortuna de los nobles, forzándolos á ocuparse constantemente de sus negocios y de sus familias, encerrándolos con sus hijos bajo el mismo techo y dando, en fin, á sus ideas un giro más grave y razonable, les ha sugerido sin que ellos mismos lo descubran, el respeto á las creencias religiosas, el amor al orden, á los goces pacíficos, á las satisfacciones y placeres domésticos y al bienestar, mientras que el resto de la nación, que naturalmente tenía estos gustos, se veía arrastrado hacía el desorden por el esfuerzo mismo que era preciso hacer para trastornar las leyes y las costumbres políticas.

La antigua aristocracia francesa ha sufrido las consecuencias de la Revolución, y no se ha resentido de las pasiones revolucionarias ni participa del movimiento anárquico que la ha producido, y

es fácil concebir que experimenta en sus costumbres la influencia saludable de esta revolución, antes que los mismos que la han hecho.

Permítaseme decir, aunque á primera vista sorprenda, que en nuestros días las clases más antidemocráticas de la nación son las que muestran mejor la especie de moralidad que razonablemente debemos esperar de la democracia.

No puedo dejar de creer, que cuando nosotros hayamos obtenido todos los efectos de la revolución democrática, después de desembarazarnos del tumulto que ha creado, lo que no es hoy verdadero, sino respecto de algunos, lo será poco á poco de todos.

CAPÍTULO XII

De qué manera comprenden los americanos la igualdad del hombre y de la mujer.

He hecho ver anteriormente, de qué modo la democracia destruía ó modificaba las diversas desigualdades que la sociedad hace nacer; pero esto no basta y es preciso demostrar la influencia que ejerce sobre la grande desigualdad que se observa entre el hombre y la mujer, desigualdad que hasta ahora ha parecido tener sus fundamentos eternos en la naturaleza.

Creo que el movimiento social que coloca en el mismo nivel el hijo y el padre, el sirviente y el señor y en general el inferior y el superior, debe elevar á la mujer y hacerla cada vez más igual al hombre.

Aquí es donde principalmente necesito ser bien comprendido, porque no hay quizá objeto alguno en que la imaginación libre y desordenada de nuestro siglo se haya abierto un campo más vasto.

Hay gentes en Europa, que confundiendo los diversos atributos de los sexos, pretenden hacer del hombre y de la mujer dos seres no solamente iguales, sino semejantes; dan las mismas funciones al uno que al otro, les imponen los mismos deberes, les conceden los mismos derechos y los mezclan en todas las cosas, trabajos, placeres y negocios. Es fácil concebir que esforzándose en igualar de este modo un sexo al otro, se les degrada á entre ambos y que de esta mezcla grosera de las obras de la natura-

leza, no podrán nunca salir sino hombres débiles y mujeres deshonestas.

Los americanos no han comprendido así la especie de igualdad democrática que puede establecerse entre el hombre y la mujer. Han pensado que si la naturaleza había establecido una variedad tan grande entre la constitución física y moral del hombre y la de la mujer, su objeto era claramente el de dar á sus diversas facultades un empleo distinto y han creído que no consistía el progreso en obligar á hacer las mismas cosas á seres diferentes, sino en obtener que cada uno desempeñase sus obligaciones respectivas del mejor modo posible. Los americanos han aplicado á los dos seres el gran principio de economía política que domina la industria en nuestros días, dividiendo cuidadosamente las funciones del hombre y de la mujer, á fin de que el gran trabajo social se ejecute mejor.

América es el país donde se ha puesto más cuidado en señalar á los dos sexos líneas de acción completamente separadas y donde se ha procurado que ambos marchen con paso igual, pero siempre por caminos diversos. Jamás se ve á las americanas dirigir los negocios exteriores de la familia, arreglar ningún asunto, ni mezclarse en cosas políticas; tampoco se las obliga á dedicarse á los duros trabajos del cultivo de las tierras, ni á ninguno de los penosos ejercicios que requieren la fuerza física, y no hay familia, por pobre que sea, que haga excepción de esta regla. Si bien es cierto que la americana no puede separarse del círculo apacible de las ocupaciones domésticas, no lo es menos que jamás se ve obligada á salir de él.

He aquí por qué las americanas, mostrando frecuentemente una razón vigorosa y una energía varonil, conservan por lo general la apariencia muy delicada y permanecen siempre mujeres, por sus maneras, aunque se muestren algunas veces hombres por el espíritu y el corazón.

Tampoco han imaginado nunca los americanos, que los principios democráticos trastornen el poder marital é introduzcan en la familia la confusión de las autoridades; creen que para obrar con energía toda asociación, debe tener un jefe y que el jefe natural de la asociación conyugal es el hombre. No rehusan, pues, á éste el derecho de dirigir á su compañera y piensan que en la

pequeña sociedad del marido y la mujer, así como en la gran sociedad política, el objeto de la democracia es determinar y legitimar los poderes necesarios y no destruirlos todos. Esta opinión no es particular á un sexo y combatida por el otro.

No he visto que las americanas consideren la autoridad conyugal como una usurpación de sus derechos ni crean humillarse sometándose á ella. Por el contrario, me ha parecido que tenían una especie de gloria en el libre abandono de su voluntad y que consideraban grande el someterse al yugo por sí mismas y no el sustraerse de él. Este es al menos el sentimiento que expresan las más virtuosas; las otras callan y jamás se oye en los Estados Unidos que ninguna esposa adúltera reclame ruidosamente los derechos de la mujer, hollando sus santos deberes.

Se observa con frecuencia en Europa cierto desprecio en medio de las lisonjas que los hombres prodigan á las mujeres, y aunque el europeo se haga muchas veces esclavo de la mujer, se conoce que no la considera nunca sinceramente su igual.

En los Estados Unidos no se adula á las mujeres, pero siempre se hace ver que se las estima.

Los americanos muestran sin cesar una entera confianza en el juicio de su compañera y un respeto profundo por su libertad. Piensan que su entendimiento es tan capaz como el del hombre para descubrir la verdad y su corazón bastante firme para seguirla, y nunca han pretendido poner la virtud del uno más que la del otro al abrigo de las preocupaciones, de la ignorancia ó del temor.

En Europa, donde se someten los hombres tan fácilmente al despótico imperio de las mujeres, se les rehusa á éstas, sin embargo, algunos de los más grandes atributos de la especie humana y se las considera como seres llenos de atractivos é incompletos; pero lo más extraño es que estas mismas mujeres acaban por contemplarse así, y no están muy distantes de mirar como un privilegio la facultad que se les deja de mostrarse frívolas, débiles y temerosas. Las americanas no reclaman nunca semejantes derechos.

Diríase también que, en materia de costumbres, nosotros hemos concedido al hombre una especie de inmunidad particular, de suerte que la virtud haya de practicarse de diferente modo

por el marido que por la mujer y que, según la opinión pública, el mismo acto puede ser alternativamente un crimen ó sólo una falta.

Los americanos no conocen esa inicua distinción de deberes y de derechos y entre ellos el seductor queda tan deshonrado como su víctima.

Es verdad que los americanos muestran muy raras veces á las mujeres esas atenciones lisonjeras y solícitas de que se las rodea en Europa; pero dejan ver siempre por su conducta que las suponen virtuosas y delicadas, y respetan tanto su libertad moral, que tienen gran cuidado de no emplear en su presencia un lenguaje que pueda ofenderlas. En América, una joven soltera emprende sola y sin recelo alguno, un largo viaje.

Aunque los legisladores de los Estados Unidos han suavizado casi todas las disposiciones del Código penal, castigan con pena de muerte el estupro, y no hay crimen que la opinión pública persiga con una actividad más severa é inexorable. Esto se concibe fácilmente: los americanos no encuentran nada más precioso que el honor de una mujer ni nada tan respetable como su independencia; por lo mismo juzgan no hay penas bastantes severas para castigar á los que se lo arrebatan por la fuerza.

En Francia, donde se castiga este crimen con penas mucho más suaves, es casi siempre muy difícil encontrar un jurado que condene. ¿Será esto por desprecio del pudor ó por desprecio de la mujer? En mi opinión es lo uno y lo otro.

Los americanos no creen que el hombre y la mujer deban ni tengan derecho de hacer las mismas cosas; pero respetan igualmente el lugar que ocupa cada uno de ellos en la sociedad, y los consideran como seres cuya importancia es igual, aunque el destino sea diferente. No dan al valor de la mujer la misma forma ni el mismo empleo que al del hombre, pero tampoco dudan nunca de él, y si creen que el hombre y la mujer no deben emplear siempre su inteligencia y su razón del mismo modo, juzgan al menos que la razón de la una es tan firme como la del otro y su inteligencia igualmente clara.

Los americanos, que han dejado subsistir en la sociedad la inferioridad de la mujer, la han elevado con todo su poder en el mundo intelectual y moral al nivel del hombre, y en esto me parece

que han comprendido perfectamente la noción verdadera del progreso democrático.

En cuanto á mí, no olvidaré decir que aunque en los Estados Unidos no salga la mujer del círculo doméstico y en ciertos respectos sea muy dependiente, en ninguna parte su posición me ha parecido más elevada, y si ahora que me aproximo al fin de este libro, en que he mostrado tantas cosas importantes hechas por los americanos, me preguntan á qué se debe atribuirse el progreso singular y la fuerza y prosperidad crecientes de este pueblo, respondería sin titubear que á la superioridad de las mujeres.
